

La ciencia y el proletariado
**(Carta al Primer Congreso Panruso de Trabajadores de la Ciencia, celebrado
en Moscú el 23 de noviembre)**
León Trotsky
23 de noviembre de 1923

(Versión al castellano desde “La science et le prolétariat”, en *Bulletin Communiste, Organe du Parti Communiste (SFIC)*, 4º año, nº 49, 6 de diciembre de 1923. Trotsky, todavía convaleciente, saluda con esta carta al Primer Congreso Panruso de Trabajadores de la Ciencia, celebrado en Moscú el 23 de noviembre)

Las cuestiones del orden del día de vuestro congreso presentan un inmenso interés. Pero lo que presenta un interés más grande aún es el hecho mismo del congreso, llamado a facilitar y acelerar la adaptación del pensamiento científico a las tareas inconmensurables del nuevo orden social que nuestro destino histórico nos impone. Puede que la expresión “adaptación del pensamiento científico a las nuevas tareas”, que acabo de emplear, sea de tal naturaleza que suscite temores, que se preste a que se crea que queremos crear una nueva ciencia oficial con el sello de los sóviets. Nunca he tenido ese pensamiento. El proletariado necesita una ciencia que abarque el mundo exterior en su materialidad y su dinámica. Únicamente las clases moribundas se ven obligadas a imponerle a la ciencia objetivos incompatibles con su naturaleza. La clase de los trabajadores no necesita adaptar las leyes de la ciencia a las tesis formuladas por adelantado. Pero necesitamos que los sabios tomen una nueva orientación, que adapten su atención, intereses y esfuerzos a las tareas del nuevo orden social.

Esas tareas son grandiosas. Por una parte, porque somos un país extremadamente atrasado y, por otra parte, porque no tratamos de salir de este estado de atraso en interés de una minoría privilegiada, sino para que el pueblo entero se eleve material, intelectual y moralmente, incluyendo a las capas campesinas más retrasadas y más difíciles de educar. ¿En qué se basan nuestras esperanzas en la victoria?

En primer lugar en el hecho que en las masas populares se ha despertado el espíritu crítico y la actividad. Con la revolución, nuestro pueblo se ha abierto una ventana a Europa, entendiendo por “Europa” la cultura, igual que hace dos siglos la Rusia de Pedro el Grande se abrió no una ventana sino una lucerna a Europa a través de la capa superior de la aristocracia y de los altos funcionarios. La revolución de octubre ha descargado un golpe mortal a la *humildad* y la *resignación* que proclamaban los ideólogos oficiales como cualidades específicas, inmutables y sagradas, del pueblo ruso y que, en realidad, solo eran la expresión de su sojuzgamiento, de su falta de cultura. Cierto, ello no quiere decir que nos hayamos desembarazado completamente de la impronta del pasado. La llevamos y llevaremos mucho tiempo todavía encima. Pero se ha producido un gran cambio, no solamente material, sino físico. Nadie se atreverá hoy en día a exhortar al pueblo ruso para que edifique su destino sobre la humildad, la sumisión y la paciencia. Las virtudes que cada vez impregnan más la conciencia de las

masas son: *el espíritu crítico, la actividad y la creación colectiva*. Y nuestras esperanzas en el éxito de nuestro trabajo se apoyan sobre esa gran conquista.

Este brusco cambio está estrechamente ligado con otro hecho. Ciertos “aristócratas” se alarmaron y declararon que el advenimiento de la clase obrera al poder llevaría a la dominación de la ignorancia, o incluso a la idiotez presuntuosa, autosatisfecha. Pero la dura experiencia de estos diez años ha mostrado, con evidencia, a todos aquellos que no quieren ideas preconcebidas, que no quieren cerrar los ojos ante la realidad, que cuanto más se consolida el estado proletario las masas toman más conciencia del estado atrasado de nuestra técnica, de nuestra ciencia, de nuestra cultura, y se esfuerzan más en remediarlo y crear las condiciones necesarias para el desarrollo rápido de nuestro pensamiento científico. Se podría decir que el estado obrero (cuando sus enemigos le han dejado tiempo) es una lucha organizada a favor de la cultura y, por tanto, a favor de la ciencia que es el factor principal. He ahí por qué, a pesar de nuestro estado atrasado, nuestro objetivo esencial, la creación de una cultura nueva, de una cultura socialista, no tiene nada de utópico.

La construcción socialista es esencialmente una construcción consciente, metódica, que alía, en la más amplia escala, la técnica, la ciencia, las formas sociales racionales y los métodos de su utilización. En este sentido es en el que ha hablado de la adaptación del trabajo científico a las nuevas tareas de nuestro desarrollo social. Ahora bien, para ello es preciso que la ciencia no esté encerrada en sí misma, que no esté dividida en compartimentos sin comunicación unos con otros. Sin la especialización del pensamiento científico no se podría progresar, pero existen límites más allá de los cuales esta especialización comienza a socavar los mismos fundamentos de la ciencia. Ya en el régimen burgués las divisiones estancas entre las diferentes ramas científicas han devenido a menudo obstáculos para el desarrollo de la ciencia en su conjunto, con mucha más razón en la sociedad socialista, sociedad que debe someter todas las etapas de su construcción a la observación, a la dirección y control científicos. Nuestras múltiples crisis económicas provienen en gran parte del hecho que no hemos aprendido todavía bien a ejecutar ese trabajo. A medida que el pensamiento científico aprecie y sopesa mejor los diferentes factores (técnicos, económicos, etc.) y los armonice en vistas a un fin determinado, esas crisis devendrán cada vez más raras y, en consecuencia, la economía y la cultura socialistas racionales, coherentes, progresarán con mayor rapidez. Y, como este congreso reúne a los representantes de las diferentes ramas de la ciencia, presenta un progreso particularmente valioso, un paso adelante hacia la alianza de la especialización profesional y la síntesis de todos los procesos y tareas de nuestra vida y de nuestro trabajo.

La construcción socialista es, en definitiva, la voluntad de racionalizar las relaciones humanas, es decir someterlas a la razón armada con la ciencia. Todas las ciencias han nacido de las necesidades del hombre social, que se esfuerzan en satisfacer de una manera u otra. Por ello el socialismo necesita a todas las ciencias. Pero al mismo tiempo, en tanto que movimiento social creador, tiene su teoría propia sobre el desarrollo social, teoría que es una ciencia independiente entre las otras y que está lejos de haber sido acabada. Si la biología es ahora imposible fuera del darwinismo (mejorado y rectificado); si la psicología científica es inconcebible sin la teoría y metodología de los reflejos condicionados, la ciencia social tampoco podría concebirse sin el marxismo y al margen de él. Sin el marxismo no es posible comprender ni apreciar nuestros éxitos y fracasos en nuestra nueva vía, como tampoco apañarnos en el caos del mundo capitalista actual.

Lo que me lleva en particular a expresar este pensamiento es el resumen publicado por nuestro académico Pavlov de sus veinte años de trabajos sobre los

reflejos condicionados. Es inútil, particularmente para un profano como yo, que recomiende este libro notable al congreso. Y si menciono aquí la obra de este sabio y de este profundo pensador es únicamente porque, adoptando enteramente su sistema de los reflejos condicionados, me veo obligado a levantarme resueltamente contra su tentativa de establecer una correlación entre las cuestiones de psicología y las cuestiones sociales. Pavlov estima que únicamente el conocimiento “del mecanismo y leyes de la naturaleza humana” (con la ayuda de los métodos objetivos, es decir puramente materialistas) es capaz de asegurar “la felicidad verdadera, completa y sólida del hombre”. De esta forma, el trabajo de zanjar la suerte del hombre sobre la tierra queda confiado enteramente a la psicología. “Por más que el espíritu vaya de victoria en victoria sobre la naturaleza [escribe Pavlov], que conquiste para la vida y la actividad humanas no solamente la superficie sólida de la Tierra, sino, además, sus profundidades submarinas y el espacio aéreo, o recorra el globo terráqueo, que transporte para sus objetivos múltiples la energía de un punto de la Tierra a otro, que pulverice el espacio para transmitir su pensamiento, sus palabras, etc., siempre ocurre que el hombre, con ese mismo espíritu, dirigido por no sé qué fuerzas internas oscuras, se causa a sí mismo pérdidas materiales incalculables y sufrimientos sin nombre con las guerra y las revoluciones, con sus atrocidades y sus horrores dignos de los animales. Únicamente la ciencia suprema, la ciencia exacta del mismo hombre (basada en primer lugar en todas las poderosas ciencias naturales) sacará a este último de las tinieblas y hará desaparecer la vergüenza de las actuales relaciones entre los hombres.”

Que la crueldad, las artimañas, la perfidia, la violencia que presiden las relaciones entre los hombres sean una vergüenza, no lo negaremos en absoluto. Pero no podemos admitir que las ciencias naturales (poderosas pero no “todopoderosas”) puedan, si sus deducciones fuesen erigidas en leyes de la naturaleza humana, cambiar las relaciones sociales, suprimir la infamia. Afirmar implícitamente que la causa motriz de las relaciones sociales no radica en las condiciones objetivas, materiales de su desarrollo, sino en los vicios de la naturaleza humana, es plantear la cuestión de una forma idealista y, en consecuencia, rechazar los métodos materialistas que, entre otros, han permitido al autor establecer magistralmente su teoría de los reflejos condicionados. Si se toma como causa de los fenómenos sociales la naturaleza del hombre en sí mismo, en tanto que sistema establecido de los reflejos absolutos y condicionados, ¿qué determina entonces las modificaciones del régimen social, su marchar regular y sus saltos revolucionarios, si no las fases necesarias de esta evolución? En realidad, la sociedad, en tanto que agrupamiento de individuos para la producción, no vive en absoluto de acuerdo con las leyes que presiden el agrupamiento de los reflejos en el organismo del hombre aislado. Evidentemente, si el hombre no tuviese necesidad de alimentarse, vestirse y cobijarse, no habría producción social. Pero esta última no está regulada por las leyes psicológicas que determinan la asimilación de la albumina en el organismo humano. La sociedad está dirigida por leyes sociales susceptibles de ser establecidas tan objetivamente, es decir “materialistamente”, como las leyes que presiden el funcionamiento de las glándulas salivares del perro. Se podría demostrar (y es esta una tarea metodológica de las más interesante y extremadamente importante) que el marxismo ocupa ante las ciencias sociales la misma posición que el darwinismo ante el mundo animal y vegetal, o la ciencia de los reflejos ante el psiquismo. El conocimiento de los reflejos condicionados enriquecerá incontestablemente la pedagogía individual y social con poderosos medios de acción sobre el carácter humano. ¿Pero en qué sentido? ¿Bajo qué condiciones? ¿Con qué objetivos? Ello depende por completo del medio social. Por ejemplo, la psicotécnica, cuya base sería radica en la ciencia de los reflejos, es utilizada, y no sin éxito, en el arte militar para

ayudar a efectuar la selección de los hombres de acuerdo con sus aptitudes para las diferentes armas: artillería, aviación, cuerpo de ingenieros, etc. Con otras palabras, el desarrollo de nuestros conocimientos sobre la naturaleza individual del hombre nos permite organizar mejor la destrucción del hombre por el hombre, es decir lo que, junto al profesor Pavlov, consideramos como la mayor vergüenza de la humanidad.

Desde este punto de vista, la psicología comparte la suerte de todas las ciencias naturales. Aumentando el poder del hombre sobre la naturaleza, armándolo con métodos y medios técnicos perfeccionados, las ciencias naturales lo convierten, por ello mismo, en más poderosos y, por tanto, más destructor en la lucha entre las naciones y clases. Si los trabajadores aceptasen las conclusiones de Pavlov, si admitiesen que su emancipación les vendrá gracias a las ciencias naturales (sin lucha de clases ni revolución), no cabe duda que la burguesía, cuando esas ciencias estén suficientemente desarrolladas, podría recurrir a métodos de psicotécnica susceptibles de reforzar los reflejos de sumisión en los explotados y los reflejos de dominación en los explotadores. Pero por suerte las leyes del desarrollo social excluyen la posibilidad de que las masas trabajadoras se adentren en la vía de un idealismo ingenuo. Esas masas marcharán hacia su liberación por la vía que les fija la historia.

No hace todavía mucho tiempo que el empleo de sustancias tóxicas estaba considerado como inadmisibles, según las reglas del “derecho internacional”. La química todavía no había realizado entonces progresos serios en ese dominio. Se sabe muy bien cómo han cambiado los puntos de vista sobre los gases asfixiantes en el curso, y particularmente a fines, de la guerra imperialista. La química es una de las ciencias llamadas a ejercer un papel capital en el desarrollo material y espiritual de la humanidad. Pero ello no le impide, al mismo tiempo que abrir nuevas vías a la agricultura y la industria, es decir al mantenimiento de la vida del hombre, servir para la destrucción del hombre por el hombre. Y si nosotros, ciudadanos de la Unión de Repúblicas Soviéticas, lográsemos incluso liberarnos enteramente de todos los vicios de nuestra naturaleza, no dejaríamos de estar por ello menos rodeados, acosados por la manada de los imperialistas y expuestos a los gases asfixiantes y otros que fabrica la química al servicio de la burguesía de los países más poderosos y civilizados.

Es vergonzoso que las relaciones entre los seres humanos se decidan todavía gracias a trozos de plomo, a explosiones de dinamita y nubes de gases asfixiantes. Pero mientras que esos métodos reinan en el mundo, que hasta el presente no ha sido construido según nuestros deseos y planes, ni queremos ni podemos mantenernos desarmados si creemos en la gran obra impuesta por la historia a nuestra generación. Hemos dicho que el estado obrero es la lucha organizada a favor de la civilización y la cultura; pero no puede llevar a buen puerto esa lucha pacífica más que si sus fronteras son seguras. Para la organización de nuestra sociedad, como también para su defensa militar, necesitamos la ayuda de la ciencia. Puesto que ninguna ciencia puede escapar a las condiciones de la organización social; puesto que las ciencias sirven no solamente para la dominación de la naturaleza, sino también para la autodestrucción de los hombres, que la ciencia soviética nos ayude a defender nuestra construcción, nuestra obra cultural contra sus enemigos implacables, dirigiendo la utilización racional de las riquezas naturales de nuestro país. Que nuestra química nos de gas y medios de preservación ante los gases para quitarles a los químicos civilizados el deseo de atentar contra nuestra independencia y trabajo.

Si menciono especialmente la química es porque los procedimientos, particularmente crueles, de la guerra química están cada vez más en boga y es imposible cerrar los ojos ante este estado de cosas. La elaboración teórica y práctica de las cuestiones químicas, la creación de una red de laboratorios y fábricas, no son

únicamente una condición esencial de nuestro desarrollo industrial, sino una cuestión de vida o muerte para nuestra defensa nacional.

Pero no necesitamos únicamente la química. Para defendernos nos falta una buena aviación, una pujante industria, una poderosa red de ferrocarriles, una técnica superior, el desarrollo de la ciencia en todas sus ramas y la aplicación de todos sus resultados. Mientras que subsista la vergüenza de la guerra, nos veremos forzados a abrirnos con sangre la vía del futuro. Queremos saber combatir, y combatiremos muy bien. Confiamos firmemente en la ayuda sin reservas del pensamiento científico que ahora está orientado hacia las masas trabajadoras y el estado obrero.

23 de noviembre de 1923
León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es